

Lenin, el revolucionario absoluto*

Lenin, the absolute revolutionary

Guido Carpi

Universidad de Nápoles

Resumen

A cien años de la muerte de Vladimir Ilích Uliánov (Lenin), es hora de reonstruir su pensamiento y acción en los aspectos más fértiles: la lucha intransigente contra toda forma de explotación y opresión, la voluntad de obligar a la nación que una vez dominó en el ex Imperio ruso a convertirse en miembro de una gran familia de pueblos con iguales derechos, la fundación de una Internacional Comunista capaz de vincular las luchas sociales en Occidente con los movimientos de liberación en la inmensa periferia colonial. Aunque no esté exenta de lagunas y graves limitaciones (la ausencia de una verdadera teoría del Estado socialista, la incapacidad para contrarrestar ese nuevo aparato burocrático soviético que luego generaría una involución autoritaria), la visión estratégica del «revolucionario absoluto» brota de una carga utópica sin límites y produce la onda de choque política más devastadora del siglo XX.

Palabras clave: Lenin, comunismo, historia de Rusia, historia de la URSS, Marxismo.

Abstract

A hundred years after the death of Vladimir Ilích Uliánov (Lenin), it is time to reconstruct his thought and action in their most fertile aspects: the uncompromising struggle against all forms of exploitation and oppression, the will to compel the nation that once dominated the former Russian Empire to become a member of a large family of peoples with equal rights, the foundation of a Communist International capable of linking social struggles in the West with liberation movements in the vast colonial periphery. Although not without flaws and serious limitations (the absence of a true theory of the socialist state, the inability to counteract the new Soviet bureaucratic apparatus that would later generate an authoritarian turn), the strategic vision of the «absolute revolutionary» stems from a boundless utopian charge and produces the most devastating political shock wave of the 20st Century.

Keywords: Lenin, communism, Russian history, Soviet history, Marxism.

* Guido Carpi «Lenin, il rivoluzionario assoluto» Traducción de Laura Rodríguez Tato.

Prólogo: el principio conector

Transcurridos cien años de la Revolución de Octubre, Lenin parece hoy, como mínimo, anticuado: «en una época de políticos aterrorizados ante la simple idea del final de un régimen de cambios fijos, ¿qué nos puede decir un personaje que pretendió acabar con el régimen capitalista?»^[1].

Sin embargo, el leninismo no es interpretable en base a al mero *qui e ora*, sino que se encuadra en el proceso general de evolución del marxismo de principios del siglo XX: Marx y Engels, que habían nacido en plena Restauración y se habían formado en un período de turbulencias continuas, entre choques revolucionarios y desaceleraciones normalizadoras, asistieron al ascenso vertiginoso del sistema capitalista y no olvidaron nunca, ni siquiera por un instante, que el capitalismo dispone de medios prácticamente ilimitados (y, en gran medida, imprevisibles) para mantener a las clases subalternas atrapadas en sus mecanismos de dominio. Por ello es necesario que el movimiento obrero ejercite una presión constante y articulada sobre los aspectos contradictorios de la sociedad y del poder político. Todavía en 1880, durante una entrevista con un periodista americano que le preguntaba cuál era «el fin último de la existencia», un Marx anciano respondía con lacónica solemnidad: «¡La lucha!»^[2].

Sin embargo, los líderes de la Segunda Internacional —en primer lugar, los «hermanos cuchillos» Eduard Bernstein y Karl Kautsky— nacieron a principios de los años cincuenta y están influenciados de manera determinante por la cultura positivista y el clima evolucionista de final de siglo. Des-

pués del largo invierno de las leyes antisocialistas bismarckianas, estos contribuyen a refundar la socialdemocracia alemana, primero, y la Internacional, después, en un contexto de reformas, conquista de derechos e inclusión gradual de la clase obrera en el tejido civil y político.

Por lo tanto, hay que poner entre paréntesis los elementos de voluntarismo en relación con la tendencia a entender el marxismo como una simple teoría del desarrollo de la sociedad capitalista cuyo resultado está predeterminado. Esto sería una interpretación banalizada del célebre capítulo XXIII de *El Capital*, en el que Marx recalca el carácter ineludible de «la ley absoluta, general de la acumulación capitalista»^[3].

Tal enfoque tiene consecuencias políticas que podemos resumir como sigue: a) el sujeto protagonista de la emancipación es el proletario, pero los que trazan la hoja de ruta son los dirigentes encargados de comprender las leyes históricas y de establecer la fatídica hora; b) la idea de que la revolución no se deba «hacer», sino que nos debamos preparar para el «salto» ineludible acumulando fuerzas; c) la convicción de que toda la humanidad está destinada a vivir los mismos procesos evolutivos y que, por lo tanto, el único camino al socialismo pasa a través del capitalismo industrial de tipo occidental^[4].

La generación posterior a esta, nacida *grosso modo* en los años setenta, ya durante su período de formación, tuvo que enfrentarse a un evidente cambio de fase, el imperialismo: la economía entra en un proceso

1.- Vladimiro Giacché, «Introduzione», en Vladimir Ilich Lenin, *Economia della rivoluzione*, Milán, Il Saggiatore, 2017, p. 11.

2.- Cit. en Marcello Musto, *Karl Marx. Biografia intellettuale e politica, 1857-1883*, Turín, Einaudi, 2018, p. 186.

3.- Karl Marx, *Il capitale. Critica dell'economia politica*, 3 vols., Roma, Editori Riuniti (8.ª ed.), 1974, vol. I**, pp. 705-707.

4.- Esta es una cuestión que el último Marx ya no compartía, en parte por la influencia ejercida sobre él por el populismo ruso. Cf. Marcello Musto, *L'ultimo Marx, 1881-1883. Saggio di biografia intellettuale*, Roma, Donzelli, 2016, pp. 49 y ss.; M. Musto, *Karl Marx*, pp. 220 y ss.

de trustización y financiarización, el papel de los nacionalismos asume un carácter exasperante y generalizado, la explotación cada vez más intensa de las colonias sienta las bases para un verdadero sistema-mundo. Así se explica que esta generación ponga en duda las plácidas certezas de los ancianos y de aquí nace el aumento del nivel de radicalismo y el resurgir de una clara orientación al voluntarismo revolucionario, si bien bajo diferentes formas. Tampoco es casual que algunos de los principales teóricos y dirigentes de esta línea (Lenin, Luxemburgo, Trotski) procedan del Imperio zarista: un sistema periférico y fuertemente desequilibrado en el que las contradicciones de la época se hacían sentir con especial dureza.

Así, la devastadora fuerza de choque del leninismo nace tanto de dinámicas históricas globales como de la necesidad de deshacer el nudo gordiano de mil años de historia rusa formado por una maraña de hilos: alguno de ellos de origen remoto (la fragilidad de la vida urbana, la superexplotación, el retraso del campo), otros que se remontan al medio plazo (el carácter anacrónico del régimen político, una abolición de la servidumbre de la gleba que había perpetuado las desigualdades) y otros recientes, pero con un alcance catastrófico —en primer lugar, la guerra—. De hecho, bajo el impacto de la guerra, se paralizan o incluso retroceden numerosos procesos de modernización demográfica, social y económica que se habían puesto en marcha con mucho esfuerzo en las últimas décadas, al mismo tiempo que la economía de mercado y sus mecanismos reguladores empiezan a disolverse: «En la Rusia zarista, lo primero en desmoronarse no fue el ejército, sino la retaguardia, que no consiguió resistir a la presión de la guerra»^[5].

5.— *Mirovye vojny XX veka*, v 4 tt. kn. 1, Moscú, Nauka, 2002,

Mientras, por una parte, la Gran guerra empuja a la Rusia imperial hacia el abismo, por otra parte, esta representa también la ruptura histórica irreversible que determina un neto cambio de paradigma en la tradición marxista por parte de un bolchevismo que, hasta el momento, se había sentido miembro de pleno derecho del socialismo europeo, si bien con todas sus peculiaridades.

Si hasta los años diez el bolchevismo se percibía como una especie de anomalía sectaria y marginal de la línea imperante del socialismo europeo, cuando estalla la guerra, este sale del núcleo de la Segunda Internacional dotado de su propio y específico principio conector que implica, al mismo tiempo, un método, un instrumento y un objetivo: el método se resume en el carácter definido por Lenin como «polícromo» (es decir, contradictorio y dinámico) de cualquier manifestación de la realidad y en la unidad dialéctica precisamente, polícroma —de pensamiento y práctica—, continuamente reformulada en el punto central de la organización^[6]; el instrumento —como posteriormente Gramsci formuló de manera más completa— tiene que ver con el núcleo mismo del político, es decir la construcción de un aparato hegemónico; el objetivo es el de siempre: liberar al hombre de toda forma de alienación, pero con una mayor consciencia de que dicha liberación no se producirá según un modelo histórico lineal, en el que todas las comunidades humanas tienen que atravesar las mismas

p. 399. Cf.: Jurij A. Petrov. (ed.), *Rossija v gody pervoj mirovoj vojny*, Moscú, Rosspen, 2014, p. 256.

6.— Vladimir Ilíich Lenin (Uliánov), *Opere complete*, 45 vols., Roma, Editori Riuniti, 1955-1970, vol. 24, pp. 42-43. Los textos de Lenin que no están incluidos en las ediciones italianas se indicarán de acuerdo a la edición rusa de sus obras completas. (V. I. Lenin, *Polnoe sobranie sočinenij*, 55 vols., Moscú, Izd.-vo polit. lit.-ry, 1967-1981) o de acuerdo al volumen suplementario (V. I. Lenin, *Neizvestnye dokumenty (1891-1922)*, Moscú, Rosspen, 2000).



Reunión de la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera, San Petersburgo, 1897. De izda. a dcha, de pie: A.L. Malchenko, P. K. Zaporozhets, A. A. Vaneyev; sentados: V. V. Starkov, G. M. Krzhizhanovsky, V. Lenin y J. O. Martov (Foto: Nadezhda K. Krupskaya, fuente: Wikimedia Commons)

etapas, sino que se desenvolverá en formas diferentes, simultáneas y complementarias dentro de un «multiverso» hiperconectado. Así, entre agosto y octubre de 1916, Lenin formula un modelo general definido por él mismo como el modelo del *desarrollo capitalista desigual*:

«La revolución social solo puede llevarse a cabo como una época que asocia la guerra civil del proletariado contra la burguesía en los países más avanzados a toda una serie de movimientos democráticos y revolucionarios, incluidos los movimientos de liberación nacional en los países no evolucionados, más atrasados o en las naciones oprimidas. ¿Por qué? Porque el capitalismo se desarrolla de forma desigual, y la realidad objetiva nos muestra, junto a las naciones capitalistas más desarrolladas, toda una se-

rie de naciones económicamente muy débiles y no desarrolladas [...] Todas las naciones llegarán al socialismo, es inevitable. Pero no llegarán todas de la misma manera. Cada una imprimirá su huella original a esta o aquella forma de democracia, a esta o aquella variante de dictadura del proletariado, a este o aquel ritmo de transformación socialista de los diferentes aspectos de la vida social»^[7].

Como escribiría más adelante Ernst Bloch dirigiéndose a Lenin,

«la historia no es una entidad que venza en línea recta y en la que el capitalismo sería el último estadio, aquel que habría supera-

7.- V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. 23, pp. 57-58 y 67. La segunda cursiva es mía [Nota del autor].

do todos los estadios anteriores. La historia es, más bien, una entidad con muchos ritmos y muchos espacios, con zonas todavía no suficientemente dominadas y que difícilmente podremos sacar a la superficie y superarlas»^[8].

Es una intuición profética que condicionará de manera irreversible las más fecundas luchas de liberación a lo largo del siglo XX. A partir de la Revolución de Octubre, en un panorama de relaciones de fuerza completamente nuevo, Lenin podrá formular con mayor claridad el modo en que dichas luchas se relacionarán entre sí en los diferentes contextos.

En cuanto al análisis, ahora Lenin pone en el centro del sistema el concepto de imperialismo que, como todo fenómeno global, debe ser denunciado y, sobre todo, hay que oponerse a él en la práctica, en nombre de un proyecto positivo de alcance universal: nunca se debe combatir una tendencia histórica sin contar con una alternativa de igual alcance. Ya no hay lugar para el «arrastrarse del teórico», según una frase de Rosa Luxemburgo citada por Lenin con simpatía^[9]. En tiempos de guerra, más que nunca el análisis tiene como finalidad la acción. A esta centralidad de la acción contribuye también el hecho de que Lenin haya dejado atrás, además del modelo histórico lineal, cualquier ilusión mecanicista y teleológica de inevitabilidad de la revolución en el contexto dado: las leyes generales regulan el funcionamiento del sistema, pero su resultado no se puede predecir aplicando la lógica abstracta. El resultado debe ser concebido como un objetivo que los sujetos implicados deben perseguir activamente, utilizando los instrumentos adecuados.

8.- Ernst Bloch, *Amusement Co., orrore, Terzo Reich* (1930), en Ernst Bloch, *Eredità del nostro tempo*, Milán, Il Saggiatore, 1962, p. 52.

9.- V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. 35, p. 109.

Empujado por la onda de choque de la guerra, Lenin identifica el eslabón más débil, que habría que atacar para desencadenar el proceso revolucionario, en el papel del Estado, al que ve, de una forma bastante reduccionista, como a un puro y simple ejercicio organizado de la violencia de una clase sobre las otras y cuya existencia es incompatible con la plena emancipación del hombre: de hecho, ya en los apuntes previos al célebre ensayo *El Estado y la Revolución*, escritos en enero-febrero del 1917, el líder bolchevique identifica el núcleo del Estado exclusivamente con el aparato coercitivo y establece como objetivo primario su «destrucción controlada» como única posibilidad de superar la alienación política inherente al mismo principio de representación. Bajo el impulso de la guerra transformada en guerra civil, la máquina estatal debe ser sustituida a nivel central por la dictadura del proletariado (es decir, por el partido que organiza la vanguardia), y, a nivel local, por el autogobierno de las «comunas» (organizadas en sóviet), que deben garantizar la hegemonía al poder proletario durante el período transitorio hacia el socialismo, hasta la completa extinción de las clases y de toda superestructura institucional cuyo objetivo es perpetuar el dominio de clase.

Esta última famosa gran generalización de Lenin se reveló completamente utópica en la realidad. Esta constituye el verdadero talón de Aquiles del marxismo del siglo XIX y de principios del siglo XX, es decir, la falta de una verdadera teoría general del Estado, o, por lo menos, de una teoría adecuada y capaz de ofrecer una alternativa a la compleja y generalizada forma del Estado burgués moderno. Una laguna cuya gravedad será evidente en cuanto la revolución se haga realidad y a la que en 1917-21 Lenin hará frente recurriendo a su incomparable habilidad para capear el temporal.

En un contexto histórico completamente diferente, nuestro Gramsci intentará colmar, desde un punto de vista analítico, esta carencia en las profundas reflexiones de los *Cuadernos*. Como indicará el pensador y revolucionario sardo, «las teorías marxistas sobre el Estado habían sido elaboradas antes de la fundación del Imperio alemán»; por lo tanto, pertenecían a una fase histórica ya superada y resultaban anacrónicas ya a finales del siglo XIX, en el contexto de un «Imperio que tuvo la capacidad de influenciar y asimilar todas las fuerzas sociales de Alemania»^[10]. El Estado imperialista moderno ya no es solo un mero instrumento de opresión de clase, sino que también es un instrumento de hegemonía, la esfera en la que los mismos estratos populares están implicados —si bien en posición subalterna— en un proyecto global: «en el sistema hegemónico [...] el desarrollo de la economía y, por lo tanto, de la legislación que expresa dicho desarrollo favorecen el paso molecular de los grupos directos al grupo dirigente»^[11].

1917 y alrededores

En febrero de 1917, con la caída del zarismo, Rusia se hunde en el pantano de contradicciones que se habían ido acumulando a lo largo de los siglos y que la guerra había sacado a la luz. En primer lugar, la atávica cuestión agraria: por todas partes surgen comités campesinos que empiezan los preparativos para un congreso agrario panruso que confirmaría la imperiosa demanda de una redistribución igualitaria de las tierras nobiliarias que los *mujik* recla-

maban urgentemente. En segundo lugar, proseguir o finalizar la guerra, con posiciones enfrentadas que dividen a los diferentes partidos. En realidad, los dos temas están estrechamente conectados porque un gobierno, apoyado por los aliados anglofranceses —se hagan llamar socialistas o no— simplemente no puede expropiar las tierras de los nobles, ya que buena parte de esas tierras está hipotecada y, por lo tanto, una expropiación significaría la ruina para los bancos, la mayoría de los cuales está en manos francesas e inglesas. Además, ante la noticia de que las tierras de los señores estaban siendo repartidas entre las comunidades de los pueblos, los campesinos desertarían en masa del frente para volver a casa y participar en la distribución de las tierras (como, de hecho, sucederá a finales de verano y en otoño). Por otra parte, se van también complicando los diferentes conflictos nacionales del Imperio, en un contexto en el que las estructuras unitarias del Estado están en vías de disolución y la interconexión económica entre las diferentes áreas se ve cada vez más comprometida.

Por lo tanto, la Revolución de Octubre no es solo la obra maestra táctica de un revolucionario inteligente y determinado, sino también la única salida posible para un sistema-País que se está desintegrando inexorablemente. No existían alternativas *soft* a la Revolución de Octubre y Lenin no le arrebató el mando a un poder «legítimo» que, de no ser así, se habría constituido de forma pacífica: no hay nada peor que una autoridad en fase de desintegración que se pone a sacar proyectos irrealizables y edictos inaplicables. Además, la misma Asamblea Constituyente —que se había reunido solo un día para ser disuelta inmediatamente por los bolcheviques— estaba compuesta en su mayoría por partidos del exgobierno provisional, que no habían sido capaces de encontrar un acuerdo a lo largo

10.– Antonio Gramsci, *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*, Roma, Editori Riuniti, 1996, p. 235.

11.– Antonio Gramsci, *Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo Stato moderno*, Roma, Editori Riuniti, 1996, pp. 201-202.

de 1917 y que no lo iban a encontrar tampoco a principios de 1918, en una situación de colapso casi total. En determinados momentos históricos, no es aquel que se rebela el que determina el desenlace de los acontecimientos, sino el obtuso grupo de poder que quiere perpetuar una situación sin esperanza. De hecho,

«la obra maestra de Lenin consiste precisamente en esto: transformar una rebelión de masa ya en curso y con un fuerte carácter plebeyo en un gran asalto político a lo que él denominaba un «anillo de madera» del capital, que se desmoronaría al primer impacto [...]. Por supuesto, la alternativa para él no estaba entre el constitucionalismo y el poder rojo, sino entre la desintegración en el caos del viejo imperio y la brutal dictadura militar»^[12].

A *posteriori* el mismo Lenin definirá aquellos primeros meses que siguieron a la Revolución de Octubre como «una verdadera marcha triunfal»^[13] y es, quizás, precisamente en esos primeros momentos en los que se hace totalmente evidente el gran valor del personaje. Tras una dura vida como exiliado y conspirador, de repente Lenin adopta un estilo enérgico e intransigente en la gestión de los asuntos del gobierno: es capaz de imponer el carácter de «caída controlada» a todo un organismo económico, social y estatal en vías de desintegración y, al mismo tiempo, idea un nuevo marco institucional, un nuevo grupo dirigente, un nuevo lenguaje administrativo, jurídico y público, encontrando el modo de llevarlos a cabo a gran velocidad e identificando los sujetos sociales que se encargarían de poner en práctica todo este

12.- Michele Prospero, «L'irreversibilità dell'Ottobre russo», *Il Manifesto*, 24 de Septiembre de 2017, <https://ilmanifesto.it/irreversibilita-dellottobre-russo>.

13.- V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. 27, p. 75.

impulso constructivo.

Experto jugador de ajedrez, capaz de jugar numerosas partidas al mismo tiempo, Lenin obliga a sus reacios compañeros a aceptar el gambito de la paz de Brest-Litovsk con los Imperios centrales a cambio de un momento de respiro y, al mismo tiempo, hace un enroque y transfiere el Gobierno a Moscú, ciudad más reacia al poder soviético respecto a la Petrogrado revolucionaria, pero bastante menos vulnerable desde un punto de vista estratégico. Pero la disolución de la Asamblea constituyente y la paz de Brest —definida por el propio Lenin como «vergonzosa»— marcan la fractura definitiva entre los defensores y los adversarios del nuevo régimen: el país se sume en una guerra civil y se desmembra a lo largo de todas las líneas de falla. En la Rusia soviética se impone el llamado «comunismo de guerra», o sea, un sistema económico basado en la nacionalización a gran escala, en requisiciones de alimentos y en un apresurado intento de centralizar todo el aparato de distribución sin recurrir al uso de la moneda, que, de todas formas, ya había perdido todo su valor. Para coordinar y dirigir las palancas de mando de la economía nacional en su conjunto, se constituye la Comisión Estatal de Planificación (Gosplán), organismo sin precedentes en la historia de las políticas económicas^[14].

Una vez que se ha adentrado en un territorio desconocido en el que las teorías marxistas no ofrecen soluciones ya preparadas, Lenin tiene que imponerse dos tareas fundamentales: mantenerse en el poder en un contexto de rápida desintegración de toda estructura estatal precedente y empezar la prometida marcha hacia el socialismo, mientras, por el contrario, las esperadas revoluciones en Occidente no se acababan de

14.- Sobre el «comunismo de guerra», cf. V. Giacché, «Introduzione», cap. 3, que incluye la bibliografía esencial al respecto.

realizar. Para el autor de *El Estado y la revolución*, las dos tareas están estrechamente relacionadas y a Lenin le resultarán útiles las lecturas hegelianas del período bélico, la adquirida capacidad de conseguir ver siempre más allá que sus interlocutores, de analizar las situaciones en su dinámica, de «individuar» los elementos de la realidad que, gracias a contradicciones objetivamente existentes, pueden convertirse en su propio contrario. Por ejemplo, los bolcheviques saben que obtendrán una minoría de escaños en la Asamblea Constituyente, pero, ya que tienen el poder de disolverla en cualquier momento, es mejor convocarla de todas formas para remarcar su irrelevancia. Otro ejemplo: la guerra civil parece perdida en varios frentes. Sin embargo, las fuerzas antibolcheviques perderán, debido a que persiguen agendas diferentes (desde el liberal-socialismo a la restitución monárquica, desde el independentismo de las nacionalidades periféricas minoritarias a la «Rusia una e indivisible»).

Sobre todo, Brest-Litovsk supone un sacrificio inmenso que transforma durante algunos meses el espacio político del eximperio ruso en una semicolonía germánica, pero Lenin ve que los Imperios centrales están destinados a la derrota y que pronto se podrán recuperar los territorios perdidos, bien mediante la organización común de una futura Europa socialista, bien a través de una reocupación militar por parte de la Rusia soviética: «Sois peores que una gallina», estalla Ilích cuando los compañeros expresan sus dudas sobre la conveniencia de firmar la paz con los Hohenzollern.

«La gallina no osa salirse de un círculo que han dibujado a su alrededor con una tiza, pero por lo menos puede decir en su defensa que ese círculo lo trazó una mano ajena. Sin embargo, vosotros mismos os habéis trazado a vuestro alrededor una fórmula

con vuestra propia mano y ahora solo miráis esa fórmula, y no la realidad»^[15].

Sin embargo, mientras que la Asamblea constituyente, Brest y la guerra civil son manejables mediante pasos inequívocos (la disuelvo/no la disuelvo, la firmo/no la firmo, la gano/no la gano, etc.), hay cuestiones de largo plazo que requieren una elaboración bastante más compleja, apenas esbozada en la Constitución de julio de 1918: organizar el Estado y el partido, la cuestión nacional, las dinámicas globales, la perspectiva de la transición a un inédito sistema económico socialista no son, sin duda, temas nuevos para el líder bolchevique, pero desde la Revolución de Octubre es necesario replanteárselos completamente. En el Lenin postrevolucionario se refuerza cada vez más una percepción casi consternada de la complejidad de los problemas concretos que se le plantean al revolucionario que se convierte en hombre de estado. Lenin lo compara con el paso de la aritmética al álgebra y a las matemáticas superiores^[16].

Respecto a la definición del marco institucional y a la organización del poder, la primera Constitución soviética (julio de 1918) nace como una federación de unidades indeterminadas o incluso inexistentes y anticipa, en gran medida, los dilemas que el grupo dirigente tendrá que afrontar en los años sucesivos, hasta el nacimiento de la URSS: dichos dilemas se pueden resumir en la «discrepancia inherente a la concepción de un estado destinado a su propia desaparición y, al mismo tiempo, suficientemente fuerte, como dictadura del proletariado, para aplastar a la oposición

15.- Karl Radek, *Portrety i pamflety*, Moscú, Gos. Izd.-vo, 1926, p. 26.

16.- V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. 31, p. 91.

burguesa»^[17]. A lo largo del primer período del poder soviético, un Estado —concebido como organismo centralizado a escala nacional— simplemente no existe: el intento de poner a los soviets a la base de la nueva estructura institucional se desvanece ante la consolidación de un régimen estrictamente monopartidista. En esa cambiante e irregular entidad en la que se ha convertido la Rusia soviética, el embrión de un poder estatal articulado en el territorio se concentra inmediatamente en los comités locales del Partido comunista (*partkomy*), mientras que toda la pirámide de los soviets se convierte en una mera estructura ejecutiva.

Para reglamentar el trabajo de un partido en torno al que se está formando el armazón institucional del Estado, en marzo de 1919, el Comité Central se dota de un Politburó, responsable de las decisiones políticas, y de un Orgburó, al que se le asigna la función organizativa y la adjudicación de los cargos: ambos constituyen órganos paralelos en perenne conflicto, con el resultado de verticalizar el poder y de concentrarlo en pocas camarillas basadas en una relación de clientelismo. En relación con el clima agresivo imperante en el partido y en las instituciones, Ilích se permite alguna burla: «mi trabajo extraordinariamente maldito» —si se va el jefe del gobierno a alguna reunión del partido— «consiste en tener que presidir el Sovnarkom y sufrir prácticamente en todas las reuniones las más asquerosas peleas entre departamentos»^[18]. Pero la hegemonía leninista corre el riesgo de romperse de un momento a otro: «Os equivocáis cuando repetís [...] que «el Comité central soy yo»» —le escribe Ilích, resentido, a un opositor—; «en cuanto a las cuestiones organizativas y personales, son

incontables los casos en los que he estado en minoría»^[19]. Tras haber construido, con un gran dispendio de energía, una estructura de poder, si bien inestable, Lenin se verá obligado, en los meses siguientes, a inventar continuos reajustes para mantener esa frágil estabilidad: desde la resolución *Sull'unità del partito* adoptada en marzo de 1921 en el X Congreso, que prohíbe formalmente la actividad separatista, hasta el nombramiento del fiel Stalin en abril de 1922 como secretario general (*Gensek*) del Comité Central. En cuanto a la cuestión nacional, tal y como se irá perfilando en el futuro, Lenin no tiene todavía respuestas claras, si bien ya a principios del 1919 se puede observar un énfasis en la lucha contra el «chauvinismo ruso» que se hará cada vez más imperativo hasta convertirse en una prioridad en sus últimas intervenciones. Por el contrario, los planes de Lenin respecto a cómo enfocar las relaciones internacionales más allá del espacio del eximperio son ya muy precisos: en este momento, su estrategia consiste en crear un instrumento de *soft power* global, capaz de transformarse en brazo armado en cualquier momento. De hecho, mientras intenta evitar el colapso en su espacio geopolítico de partida, el poder soviético tiene que relacionarse con los procesos que están teniendo lugar en otros países y, para ello, teje, pacientemente, toda una red de relaciones internacionales. Como Lenin argumenta en el opúsculo *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*, se trata, ni más ni menos, de definir las características locales, específicas, de la revolución rusa y diferenciarlas de las tendencias globales que presenta, para, obviamente —como dicta la dialéctica—, en un segundo momento, encontrar la correa de transmisión entre los dos niveles. Como afirma Gramsci, el reto está en tradu-

17.- Edward Hallett Carr, *La rivoluzione bolscevica, 1917-1923*, Turín, Einaudi, 1964, p. 130.

18.- V. I. Lenin, *Neizvestnye dokumenty*, p. 318.

19.- V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. 45, p. 69.

cir el bolchevismo a las demás lenguas europeas^[20]: es necesaria una síntesis entre el excepcionalismo de Octubre y su universalismo, ya que «en el actual momento histórico, las cosas están de tal forma que el modelo ruso indica al resto de los países algo muy esencial de su inevitable y no lejano futuro»^[21]. Recurriendo a un gran número de ejemplos de la historia rusa y en un hábil compenetrarse de dialéctica y sofística, Lenin enseña a sus propios lectores la virtud de alcanzar compromisos cuando sea inevitable y la importancia de tener siempre presentes las relaciones de fuerza para, cuando sea oportuno, intentar cambiarlas a nuestro favor. De ahí surge la fundación de la Tercera Internacional (Komintern), espada de Damocles que pende sobre los Estados imperialistas, *software* omnipresente capaz de desencadenar la lucha de liberación en cualquier rincón del sistema-mundo en el que se den los presupuestos necesarios.

En el II Congreso del Komintern (julio-agosto de 1920), la *reductio ad unum* del movimiento comunista internacional prosigue implacable, mientras el debate sobre la cuestión colonial se hace cada vez más intenso: son dos días enteros en los que Lenin desenvolverá con mayor claridad y conocimiento de causa aquel modelo general de «desarrollo capitalista desigual» que había ya formulado en 1916, pero que era solo un esbozo inédito. Ahora Lenin precisa que, ya que en Asia la revolución no puede surgir de la lucha a un capitalismo todavía inexistente, esta tendrá una función preventiva respecto a la instauración del capitalismo: «la fase capitalista de desarrollo de la economía nacional» no «es inevitable para los pueblos atrasados que hoy en día se emancipan», e «incluso allí donde el proletariado es prácticamente inexistente, es

posible suscitar en las masas la aspiración a un pensamiento político independiente y a una acción política autónoma». Tomando como ejemplo «el trabajo práctico de los comunistas rusos en las colonias que ya pertenecían al zarismo», es decir «en una situación precapitalista», Lenin identifica el sujeto revolucionario en los «soviet de los campesinos», de acuerdo con aquellos segmentos de la burguesía que sabrán asumir un papel «revolucionario nacional»^[22].

La necesidad de definir y redefinir constantemente los términos de la correlación en la que tendrán lugar los procesos de liberación en los diferentes contextos del «vórtice general del movimiento revolucionario mundial»^[23] es, sin ninguna duda, la parte de mayor alcance y la más enriquecedora del legado de Lenin. Necesidad que no se cansará de repetir hasta el final de sus días. Las *Tesis* introductorias al III Congreso del Komintern (junio de 1921) recuerdan que «las masas trabajadoras de los países coloniales y semicoloniales» han entrado definitivamente en la política mundial como un factor activo. Y el testamento político *Sulla nostra rivoluzione*, que Lenin dicta a principios de 1923 posee incluso un cierto tono profético:

«Nuestros pequeños burgueses europeos ni se imaginan que las próximas revoluciones en los países de Oriente, incomparablemente más ricos por población y por la infinita variedad de condiciones sociales, supondrán, sin ninguna duda, una novedad todavía mayor que la de la revolución rusa»,

ya que «las formas del posterior desarrollo de la historia mundial» no se encuentran en ningún manual, sino que se van forjando poco a poco durante el propio curso de las

20.- A. Gramsci, *Il materialismo storico*, p. 79.

21.- V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. 31, p. 11

22.- V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. 31, pp. 228-133.

23.- V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. 33, p. 456.



Lenin durante el II Congreso de la Internacional Comunista (Fuente: alai.info).

luchas. Lenin hace suyo el lema napoleónico *On s'engage et puis... on voit!*^[24]

En el laberinto de la economía

En el terreno económico, a principios de 1921, el «comunismo de guerra» amenaza

24.- V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. 32, p. 430; V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. 33, p. 439. Sobre el alcance arrollador del leninismo respecto al nuevo modo de considerar el sistema-mundo y sobre la escasa atención prestada por el marxismo occidental a este aspecto, cf. Domenico Losurdo, «Civiltà, barbarie e storia mondiale: rileggendo Lenin», en Ruggero Giacomini y Domenico Losurdo (coords.), *Lenin e il Novecento*, Nápoles, La città del Sole, 1997, p. 182; Domenico Losurdo, *Lenin and Herrenvolk Democracy*, en Sebastian Budgen, Stathis Kouvelakis y Slavoj Žižek (eds.), *Lenin Reloaded: Toward a Politics of Truth*, Durham-Londres, Duke U. P., 2007. Por otra parte, ya Gramsci había entendido la importancia capital del «tercermundismo» leninista, cf. Antonio Gramsci, *Per la verità. Scritti 1913-1926*, Roma, Editori Riuniti, 1974, pp. 332-335.

con llevar al colapso a la Rusia soviética, a pesar de que esta haya salido victoriosa de la guerra civil: en la región de Tambov, las revueltas campesinas adquieren el carácter centralizado de una verdadera campaña militar, mientras que en marzo se sublevan los marineros de la base naval de Kronštadt, hasta entonces unos de los más fervientes defensores de los bolcheviques. A pesar del carácter incierto y variable de los acontecimientos de Kronštadt, Lenin ve en ellos «como un relámpago que ha iluminado la realidad de la forma más clara posible»^[25]. De hecho, estos hechos pueden hacer de detonador por el descontento que se ha ido acumulando por todas partes y el poder soviético se arriesga a asomarse al borde del precipicio.

Por dos veces, reflexionando sobre cómo

25.- V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. 32, pp. 228-233.

contener «la fuerza elemental» de las contradicciones económicas y sobre cómo darles una síntesis política, Lenin garabatea en sus cuadernos el paralelo «1794 versus 1921». Para evitar ser aniquilado por las «fuerzas elementales» que habían derribado a Robespierre, el poder soviético está obligado a llevar a cabo una retirada económica en previsión del compromiso social que toda forma de Estado debe ser capaz de garantizar en los momentos más críticos del propio ciclo vital. Gracias a las experiencias precedentes, Lenin —a diferencia de Robespierre— tiene muy claro que la lucha se lleva a cabo no contra individuos que actúan con mala voluntad, sino contra toda la clase campesina, que actúa bajo inevitables necesidades objetivas: «No existe todavía la base económica del socialismo. ¿En qué consiste? ¿En el intercambio de mercancías con la masa campesina!»^[26]. No tener en cuenta la realidad en virtud de la ortodoxia significaría estrellarse contra esa realidad. ¡Y ay de quien juegue con las leyes de la historia en nombre de una utopía!

«Queda todavía toda una serie de posibles pasos». Así Lenin resume la lección que los recientes traumas le han enseñado. «¿Se puede todavía «aflojar la cadena» sin romperla, «ir más ligeros»? Sí»^[27]. La primera y más urgente de las medidas que Lenin lleva a cabo para «aflojar la cadena» es la abolición de las requisiciones de alimentos: con un decreto del 15 de marzo se les concede a los campesinos la libertad de comerciar libremente los excedentes a cambio de un impuesto en especie. Con esta medida, el apoyo de las masas agrarias a los rebeldes empieza inmediatamente a disminuir.

En 1918 parecía que, gracias a la esperanza de una cadena de revoluciones en Occidente, la instauración del socialismo habría sido una

cuestión de meses o, incluso, de semanas. Sin embargo, a principios de 1921 ya era innegable la falsedad de esta idea: «Entonces, ¿qué hacer?», se pregunta Lenin en el opúsculo *Sobre el impuesto en especie* (mayo de 1921) escrito a propósito para intentar difundir la NEP (Nueva Política Económica) entre las reacias filas bolcheviques. En un país dominado por la pequeña y pequeñísima propiedad agraria y mayoritariamente organizado en formas económicas precapitalistas, no es necesario «intentar prohibir o bloquear el desarrollo del capitalismo, sino canalizarlo en el cauce del capitalismo de Estado»^[28], permitiendo —por ahora con prudencia y *pro tempore*— prácticas de cooperación capaces de expresar el «espíritu del capitalismo» en formas que, por lo menos al principio, no entren en conflicto con la perspectiva socialista del Estado proletario^[29]. En una palabra: replegarse y retirarse ordenadamente de las líneas demasiado avanzadas del «comunismo de guerra» y reorganizar los escasos efectivos a disposición.

Pero ¿hasta dónde hay que retirarse? ¿Y a qué precio? En las notas al opúsculo, Lenin anota: «¿Hacia delante?, ¿hacia atrás? (Hacia el intercambio de mercancías). ¿Es una especie de «Brest»?»^[30]. Además de las medidas a favor de los campesinos, se legaliza de nuevo la pequeña empresa privada, con la intención de «atraer hacia nosotros [...] a los elementos más cultos entre aquellos instruidos del capitalismo y ponerlos a nuestro servicio para luchar contra la disgregación de los pequeños propietarios»^[31]. En definitiva, aunque se trate indudablemente de una retirada, no se ponen en duda los objetivos últimos y los límites de

26.- *Ibid.*, pp. 305-307.

27.- V. I. Lenin, *Polnoe sobranie sočinenij*, vol. 43, p. 372.

28.- V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. 32, p. 324.

29.- *Ibid.*, pp. 327 y ss.

30.- *Ibid.*, p. 300.

31.- *Ibid.*, p. 320.

dicha retirada se irán estableciendo poco a poco con la puesta en práctica. Al principio, Lenin concibe la introducción de la NEP y las concesiones a diferentes formas cooperativas de producción y comercio como un movimiento estratégico, que podría quedarse en un intercambio de productos, pero sin recurrir al dinero ni a la categoría de «mercancía». Sin embargo, ya en octubre, Lenin tiene que reconocer que la fórmula «un paso atrás hacia el capitalismo de Estado y el intercambio en especie» es insuficiente: la pequeña brecha abierta ha dado vía libre a una imponente cantidad de dinero y el «intercambio de productos» ha sido sustituido rápidamente por relaciones de pura compraventa. «¿Qué significa esto desde el punto de vista de la táctica y de la estrategia revolucionarias en la guerra por la construcción del socialismo?», se pregunta Lenin en los apuntes preparatorios a una enésima intervención sobre el tema. Y admite a regañadientes:

«Un paso más atrás. Otra retirada. Y ni siquiera será la última. [...] ¿Cuánto más tendremos que retirarnos? No se sabe, no se puede saber. ¿No es peligrosa esta retirada? ¿No refuerza al enemigo? [...] Sí, es peligrosa. Sí, lo refuerza. Pero cualquier otra estrategia no solo reforzaría al enemigo, sino que le daría la victoria»^[32].

A lo largo del año, se suceden las «retiradas» del gobierno en materia económica y, entre los funcionarios de alto perfil, se difunde el temor de que Lenin esté «preparando una segunda trinchera en caso de que perdamos el poder soviético»^[33]. Dada la incertidumbre a la hora de elaborar las

32.- V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. 44, p. 472. Sobre «el claroscuro del balance» de la NEP, cf. V. Giacché, «Introduzione», caps. 4.1-4.5.

33.- A. V. Kavašokin et al. (eds.), *Bolševistskoe rukovodstvo. Perepiska, 1912-1927*, Moscú, Rosspen, 1996, p. 236.

líneas estratégicas generales, no sorprende que su aplicación se haga de forma apresurada y caótica. La propia masa de funcionarios expresa a la cúpula su malestar debido a la ambigüedad de su condición: como dirigentes del partido, estos deben hacer suyo el descontento de la base obrera, entre la que circula un eslogan según el cual NEP significa «Nuevas Extorsiones al Proletariado»; pero, como funcionarios del Estado, están obligados a aplicar las directrices del centro. Como era de esperar, este descontento generalizado se canaliza contra la figura del jefe supremo, que «ha cambiado la línea política de una forma demasiado brusca»^[34]. Además, el malestar entre las filas del partido deriva también del hecho que los afiliados, a pesar de que están obligados a defender de palabra las libertades introducidas por la NEP en la economía, no están autorizados a beneficiarse de ellas. De hecho, los comunistas no pueden dedicarse al comercio privado ni tomar en concesión empresas productivas. Por lo tanto, no es de sorprender que sectores cada vez más amplios de la administración y del funcionariado establezcan con empresarios desaprensivos y especuladores de la NEP (llamados *NEPmen*) relaciones y acuerdos informales que acaban por crear una zona gris de negocios sucios en rápida expansión.

La relativa estabilidad económica que parecía haberse alcanzado a mitad de 1922 se revela muy pronto como una mera tregua transitoria y, ya a principios de la primavera de 1923, la NEP, en vez de estabilizarse, parece estar fuera de control: la ausencia de un mecanismo de regularización estatal de los precios permite que los *trust* industriales y los consorcios comerciales (monopolistas en el mercado interior) puedan

34.- Sergej A. Pavljučenkov, «*Orden mečenoscev*»: *Partija i vlast' posle revoljucii. 1917-1929*, Moscú, Sobranie, 2008, p. 86.

subir los precios a su antojo. Por su parte, los campesinos, que ahora pueden pagar los impuestos no solo en especie sino también en dinero, prefieren esta segunda modalidad, de forma que ponen en el mercado una enorme cantidad de productos alimentarios provocando, así, que su valor se desplome. Una continua oscilación de los precios de los productos industriales respecto a los productos agrícolas que Trotski, en su intervención en el XII Congreso (abril de 1923), describirá como «crisis de las tijeras»^[35]. «Lo que la NEP había creado» — resume Edward H. Carr—.

«no era la tan elogiada «unión» o «alianza» entre el proletariado y los campesinos, sino más bien un ruedo en el que estos dos elementos fundamentales de la economía soviética luchaban entre sí en condiciones competenciales de mercado, en una batalla cuya suerte se inclinaba algunas veces a favor de unos, otras veces a favor de los otros»^[36].

Como consecuencia de todo esto, se crea una situación de inminente crisis económica, de agiotaje y de especulación endémica por parte de los *NEPmen*.

Lenin asistirá solamente a todos estos fenómenos cuando aun están en un estadio inicial y reacciona ante ellos de una forma sorprendentemente simplista: está cansado, exhausto mental y físicamente hasta el extremo, y la única respuesta que es capaz de dar, ante este ejército de genios salidos de repente de la lámpara mágica del libre mercado, es un rabioso y monótono rencor contra los «burócratas», que «son unos granujas, entre ellos abundan los bribones que se conocen todas las malicias. Para ganar a

esta gente, no hay treta que valga»^[37]. Es la enésima paradoja leninista: en 1921, con la aprobación de la NEP, el líder bolchevique había intuido, antes que nadie, que la acción política, a nivel de dirección de un Estado, no tiene nada que ver con voluntades subjetivas individuales, sino con procesos objetivos que deben ser gobernados. Sin embargo, ahora, frente al incesante ampliarse y ramificarse de la situación, él descarga la propia frustración tanto contra un enemigo astuto y omnipresente como contra el simplismo de los «iNEPtos santurriones» comunistas: «la «merdosa» asquerosidad de nuestro aparato de dirección», «nuestros vergonzosos monopolios de estado» en los que «hábilis granujas toman el pelo a los comunistas honrados y purísimos»^[38]. Y continúa: «Los aparatos dan asco. Todos odian las «direcciones generales», pero nadie las quiere desmantelar. La política para el aparato y no el aparato...»; «el marco de toda gran ópera de infraestructura en 1921 es un martirologio *sui generis* de nuestras condiciones económicas y administrativas»^[39].

A pesar de la vehemencia de las diatribas, la mirada de Lenin en este caso se dirige hacia atrás: en el fenómeno nuevo y modernísimo de la centralización burocrática como forma de organización de las masas, él ve solo un legado zarista dispuesto a resurgir, es decir un resto del pasado, no una nueva clase en rápido ascenso hacia la hegemonía del conjunto social. Pero el sentimiento de impotencia y desconcierto de Lenin es real y de ahí deriva el simplismo, ya señalado en otras ocasiones, de las soluciones que propone y que podemos resumir, en grandes líneas, en una exhortación

37.- V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. 35, p. 345.

38.- V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. 36, pp. 403-404 ; V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. 45, pp. 116 y 527.

39.- V. I. Lenin, *Neizvestnye dokumenty*, pp. 420 y 525.

35.- Cf. Edward Hallett Carr, *La morte di Lenin. L'interregno, 1923-1924*, Turín, Einaudi, 1965, pp. 21 y ss.

36.- *Ibid.*, p. 87.

a seleccionar, vigilar y castigar: «Lo más importante, para mí, es trasladar el centro de gravedad de la recopilación de decretos y ordenanzas (en este sentido somos tontos de remate) a la selección de las personas y al control de la ejecución»^[40]. «¡Por favor, os lo ruego, meted a alguien en la cárcel por obstruccionismo! Si no, no conseguiremos nada»^[41]. De aquí deriva el nombramiento al papel clave de secretario general de un secuaz fiel e incansable como Stalin: un nombramiento que, mucho más allá de las intenciones de Lenin, se revelará como «el epicentro de toda la historia soviética»^[42]. Así se explica también la diligencia inflexible y meticulosa con la que Lenin impulsa «procesos ejemplares» tanto contra «los agentes de la burguesía (sobre todo, mencheviques y socialistas-revolucionarios)» como contra «esas carroñas «comunistas» tan abundantes entre nosotros que, en vez de trabajar, se dedican a cotorrear y a darse ínfulas»^[43]. Y así fue: la última iniciativa de amplio alcance que Lenin tuvo tiempo de poner en práctica fue el proceso demostrativo a los jefes socialistas-revolucionarios (mayo-agosto de 1922), como tétrico prelude de los procesos estalinistas.

¿Repetir la revolución?

El 25 de mayo de 1922 Lenin sufre un ictus y pasa los meses sucesivos en Gorki, residencia poco distante de la capital y que en el pasado había sido propiedad de Rejnbot, el gobernador general de Moscú, y, desde octubre de 1918 (después del fusilamiento del exgobernador), habitual buen retiro de los Uliánov. Ahora los hilos de la tela del aparato están en manos de Stalin, «maes-

tro en dosificar» —como lo definiré posteriormente Bujarin—, capaz de «cumplir sus propios planes muy poco a poco y en momentos diferentes»^[44], implicando a otros miembros de su círculo sin que estos se den cuenta hasta que ya es demasiado tarde.

Discreto supervisor de la convalecencia del jefe, el *Gensek* alterna hábilmente demostraciones de brusca franqueza con atenciones afectuosas y serviciales. Mientras Lenin, ignorado por sus seguidores como si se tratara de un anciano pariente al que a duras penas se soporta, está en condiciones, prácticamente, de aislamiento, el recién nombrado secretario general se pone manos a la obra. Descrito inmediatamente por el funcionariado medio como «muy astuto, un hueso duro, de esos que es mejor no morder»^[45], Stalin se rodea de dirigentes enérgicos, pero caídos en desgracia en el período precedente, «ofendidos» con la vieja guardia bolchevique y que ahora están completamente en deuda con el *Gensek*^[46]: en muy poco tiempo se ficha a todo el aparato central y se elaboran puntillosos informes individuales sobre cada funcionario; las actas del Politburó, incluso aquellas que un año antes se habrían publicado sin problema en la *Pravda*, se consideran, en diferentes grados, información clasificada.

Por supuesto, la reorganización burocrática —sin duda realizada por Stalin en sentido supervertical— no responde solo a personales ansias de poder, sino que también intenta resolver aquellos problemas objetivos de mal funcionamiento del aparato y de arbitrariedad local que preocupaban a Lenin desde hacía tiempo. En cuanto a las relaciones entre las instancias centrales del partido y sus órganos periféricos, el propio

40.- V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. 36, p. 407.

41.- V. I. Lenin, *Polnoe sobranie sočinenij*, vol. 54, p. 161.

42.- S. A. Pavljučenkov, «*Orden mečenoscev*», p. 172.

43.- V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. 45, p. 485.

44.- Lev Davidovich Trotski, *Stalin*, 2 vols., Moscú, Terra, 1996, t. 2, p. 158.

45.- A. V. Kavašokin, *Bol'shevistskoe rukovodstvo*, p. 263.

46.- Lev Davidovich Trotski, *La mia vita*, Milano, Mondadori, 1976, p. 440.

Gensek reivindicará con orgullo, desde el palco del XII Congreso:

«la necesidad de seleccionar el personal de forma que, en los puestos de responsabilidad, haya personas capaces de poner en práctica las directrices, capaces de comprender las propias directrices, de asumir las como si fueran sangre de su sangre y de aplicarlas en su vida».

Inútilmente, Yevgueni Preobrazhenski señala cómo esa lógica ha llevado ya a la sustitución de casi un tercio de los dirigentes locales del partido a través de los nombramientos a dedo^[47]. A estas alturas, la llamada *nomenklatura* era una práctica habitual, es decir, la práctica de manipular a los mandos, trasladarlos, destituirlos y nombrarlos de nuevo a voluntad. Como recordará más adelante un fiel seguidor de Stalin, las actas oficiales estaban completamente «pulidas», eran uniformes y carentes de verdadero contenido, mientras que los verdaderos canales de comunicación entre el centro y la periferia se convertían en algo cada vez más oculto^[48]. Los centros neurálgicos del partido-Estado pierden rápidamente cualquier vestigio de transparencia electiva y de colegialidad en las resoluciones: desde junio, las reuniones del Secretariado y del Orgburó son cada vez menos frecuentes y —declarando abiertamente que el objetivo es resolver cuestiones corrientes— se instituye una conferencia permanente de los directores de departamento del Comité Central, o sea, un órgano de funcionarios directamente designados por el *Gensek* que, desde este momento, ratifica y a menudo dirige las resoluciones de las

instituciones electas; en primer lugar, del Orgburó^[49]. De hecho, toda la organización del partido está en manos de Stalin, empezando por el dispositivo de los nombramientos de un funcionariado cada vez más extenso y ramificado: «Vuestro intelecto es el anillo de conjunción / que de todos nosotros hace una sola cosa», escribe el poeta bolchevique Demián Bedni sobre el Lenin enfermo, pero, a estas alturas, ese anillo está ya en otras manos.

Cuando, a principios de octubre de 1922, el presidente del Sovnarkom vuelve al Kremlin y retoma el trabajo, el proceso de transformación del partido-Estado en una organización vertical centralizada y autoritaria bajo las órdenes del secretario general está solo empezando, pero Lenin tiene buen olfato: tiene que darse cuenta de que se le suministran las informaciones actuales de manera selectiva y de que la toma de decisiones se lleva a cabo en otro lugar. El propio Lenin está sometido a la discreta vigilancia de las secretarías, que redactan un diario sistemático de sus actividades y de sus encuentros, probablemente para uso de los demás miembros del Comité Central^[50]. La propia Krupskaja, en una carta a Zinoviev de finales de octubre, recordará la preocupación de Lenin por el ambiente y por los métodos de gobierno que se habían difundido en su ausencia durante el año anterior^[51].

Sintiéndose arrinconado, Lenin intenta aliarse con Trotski, influyente y popular comisario del pueblo para los Asuntos Militares (*Narkomvoen*)^[52], pero en diciembre tiene un segundo ictus. A pesar de todo,

47.– *Dvenadcatyj s»ezd Rkp(b): 1-25 aprelja 1923 goda: Stenografičeskij otčet*, Moscú, Izd.-vo polit. lit.-ry, 1968, pp. 63 y 146.

48.– Lazar M. Kaganovič, *Pamjatnye zapiski*, Moscú, Vagrius, 1996, p. 267.

49.– Cf. S. A. Pavljučenkov, «*Orden mečenoscev*», pp. 180-183.

50.– Cf. V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. 42, pp. 449-481.

51.– V. P. Vil'kova, (ed.), *Rkp(b): Vnutripartijnaja bor'ba v dvadcatye gody: Dokumenty i materialy, 1923 g.*, Moscú, Rosspen, 2004, pp. 272-273.

52.– Cf. Moshe Lewin, *El último combate de Lenin*, Barcelona, Editorial Lumen, 1970.

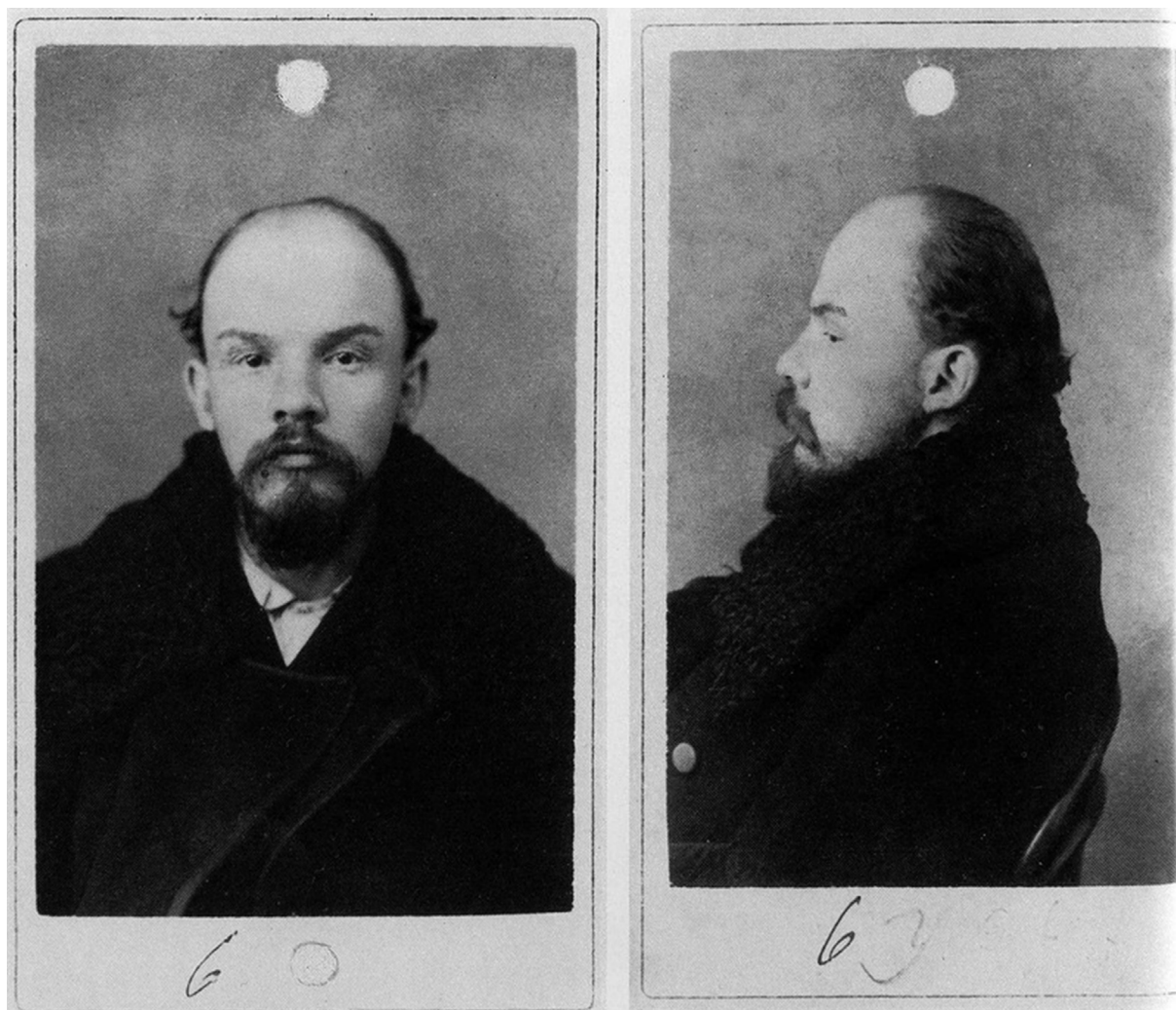


Foto policial de Lenin, diciembre de 1895 (Fuente: Wikimedia Commons).

Lenin intenta todavía mantenerse al día, dar su opinión, pero la memoria se desvanece y la fuerza de carácter flaquea, sobre todo porque la tarea que se impone resolver, con las últimas energías que le quedan, es intrínsecamente contradictoria: impedir la afirmación de un único líder, estabilizar una oligarquía en la cúpula (llamada «dirección colegiada»), pero, al mismo tiempo, someter toda la pirámide a un complejo sistema de controles cruzados que regulen su funcionamiento, haciéndolo transparente y verificable por parte de las masas. De aquí, su proyecto de asignar tareas legislativas específicas al Gosplán y su propuesta de potenciación de la Inspección Proletaria y

Campesina o Rabkrin (una especie de Tribunal de Cuentas con imprecisas competencias que sobrevive en los ganglios del enrevesado sistema institucional soviético desde principios de 1920), que se convertiría en un Ministerio independiente del Comité Central y se coordinaría con la Comisión Central de Control del partido (CKK), en la que habría que introducir una dosis adecuada de obreros de fábrica. De esta forma, surgiría el proyecto de un Cerbero de tres cabezas que todo lo ve y, a través del cual, la élite tecnocrática del Gosplán, los solícitos inspectores del Rabkrin y los austeros proletarios de la CKK con su infalible conciencia de clase constituirían un grupo

compacto que, sin consideración de ningún tipo ni hacia el *Gensek* ni hacia ninguno de los miembros del Comité Central, deberá vigilar para que nadie, por mucha autoridad que posea, pueda impedirles hacer una petición, comprobar documentación, obtener que se les ponga completamente al corriente de todos los asuntos y exigir que estos se lleven a cabo con toda rectitud.^[53]

Los miembros del nuevo Rabkrin —precisa Lenin en su última intervención *Meglio meno, ma meglio*— deberán «prepararse para un trabajo que podríamos definir como un adiestramiento para cazar, no diré embaucadores, sino algo similar, e idear dispositivos especiales para evitar revelar los movimientos y mantener en secreto los métodos, etc.»^[54].

Por lo tanto, el último Lenin se prepara muy seriamente a empezar la revolución desde el principio, pero esta vez no se trata de derribar un poder enemigo ni de dar un vuelco a las jerarquías económicas y sociales: la nueva revolución deberá ser un auto de fe purificador para el propio poder soviético, una reafirmación de la dictadura del proletariado en el sentido más puro, es decir en el sentido de un control permanente y directo por parte de las masas sobre los organismos del Estado, incluido el secretario general. Este resurgir de un poderoso reincidente utópico, que suena muy parecido al que, un día, será el lema maoísta «bombardear el cuartel general», amenaza con desencadenar una violenta crisis intestina de resultado incierto y, como era de esperar, no encuentra ningún apoyo entre la élite del partido. Se publica el artículo sin la parte en la que se alude a una directa limitación de los poderes del *Gensek* y del Comité Central^[55] y, además, el Politbu-

ró hace saber, de forma confidencial, a los secretarios de los comités regionales del partido que Lenin está muy enfermo y que las opiniones expresadas en el artículo en cuestión no deben ser tomadas demasiado en serio^[56].

Pero, mientras tanto, estalla una nueva crisis política y Lenin se lanza a la que será su última y desesperada batalla. Era el destino que dicha batalla tuviera que ver con un asunto que había atravesado, como un hilo rojo, buena parte de su vida como teórico y como hombre político: la relación entre movimiento revolucionario y movimientos de liberación nacional.

Las Escila y Caribdis del nacionalismo

Ya en el otoño de 1922, en la cúpula bolchevique empiezan a manifestarse tensiones sobre las diferentes perspectivas respecto a cómo organizar la futura Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. El proyecto original de Stalin contempla una federación «rusa» como una única grandiosa pirámide de territorios nacionales encajados entre sí dentro de una arquitectura federal, nominalmente, pero, en la práctica, completamente centralizada, en las que los elementos que la constituyen no gozan de ninguna autonomía política ni económica. Los diferentes territorios se reducen a meras unidades administrativas en las que las numerosas cuestiones nacionales se despolitizan y desactivan «mediante una ostentosa exhibición de respeto por las identidades nacionales de los no-rusos»^[57]. Sin

56.- «K istorii opublikovanija stat'i V. I. Lenina 'Kak nam reorganizovat' Rabkrin'», *Izvestija CK KPSS*, 11 (1989), pp. 179-180. Cf. V. P. Vilкова, *Rkp(b)*, pp. 171-172.

57.- Terry Martin, «An Affirmative Action Empire: The Soviet Union as the Highest Form of Imperialism», en Ronald Grigor Suny y Terry Martin (eds.), *A State of Nations: Empire and Nation-Making in the Age of Lenin and Stalin*, Oxford, Oxford U. P., 2001, p. 75. Cf. Terry Martin, «The Russification of the RSFSR», *Cahiers du monde russe*, 39

53.- V. I. Lenin, *Polnoe sobranie sočinenij*, vol. 45, p. 387.

54.- V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. 33, p. 451.

55.- *Ibid.*, p. 444.

embargo, para Lenin las repúblicas deben entrar «al mismo nivel» en la nueva Unión, ya que «es importante no dar argumentos a los «autonomistas», no destruir su autonomía, sino crear *otro compartimento*, una federación de repúblicas *con igualdad de derechos*»^[58].

Como hombre que se había formado a finales del siglo XIX, Lenin concibe la cuestión nacional conforme a la visión de los movimientos de liberación de los grandes imperios europeos: Rusia, Austria-Hungría, Gran Bretaña (en su momento Marx se ocupó ampliamente de la cuestión irlandesa). Como sabemos, desde hace tiempo y con una extraordinaria clarividencia, el líder bolchevique ha ampliado su campo de acción al «multiverso» colonial y semicolonial, pero, respecto a Europa y al propio eximperio ruso, su percepción del problema nacional permanece anclado en el contexto prebélico. Sus últimos apuntes sobre el tema, escritos en diciembre de 1922 y contrarios a la política centralizadora del Secretario general, están impregnados de un sincero sentimiento de culpa que aflora desde la introducción: «Por lo que parece, soy culpable respecto a los obreros de Rusia por no haberme ocupado con suficiente energía y determinación de la cuestión de la autonomía». Otra cosa inusual en Lenin es la referencia al remoto recuerdo juvenil que enmarca el problema político en el contexto de un profundo trauma personal. Así, en relación a la necesidad de «distinguir el nacionalismo de la nación dominante del nacionalismo de la nación oprimida, el nacionalismo de la gran nación del nacionalismo de la pequeña nación», Lenin recuerda que:

«respecto al segundo nacionalismo, nosotros, los que pertenecemos a una gran nación, somos casi siempre, en la práctica histórica, culpables de una infinidad de violencia y, es más, seguimos cometiendo, sin siquiera darnos cuenta, más y más atropellos y abusos: recuerdo los años en los que vivía en la región del Volga y el modo con el que se trataba a las minorías, cómo se llamaba «polacucho» al polaco, cómo se burlaban de los tártaros llamándolos «príncipes», el ucraniano era «chochol» y los georgianos y los otros pueblos del Cáucaso eran «kapkasi»»^[59].

En *El Estado y la revolución*, Lenin había sometido a una crítica demoledora las estructuras políticas creadas por la burguesía como institucionalización del propio dominio y se había planteado la manera de romper esa forma-Estado, utilizando también para ello las contradicciones generadas por las muchas formas de subordinación nacional inherentes a dicha forma-Estado. Sin embargo, Lenin no se había ocupado de elaborar las estructuras del que sería el nuevo organismo estatal más que en la forma utópica de la «dictadura del proletariado» que, con el tiempo, habría llevado a la eliminación del propio Estado. Mientras que Lenin demuestra ser extremadamente lúcido en el corto plazo (la destrucción del Estado-burgués y la toma del poder) y profético a muy largo plazo (la idea de un sistema-mundo como una entidad multirrítmica y multiespacial en el que diferentes formas de lucha cooperan para alcanzar la liberación de las personas), el líder bolchevique no es capaz de encontrar respuestas a los problemas de medio plazo. Lenin intuye que el proceso de formación del nuevo Estado se está produciendo según parámetros imprevistos y que la «cuestión nacional» está replanteándose

(1998), pp. 99-118; Robert Service, *Lenin: A Political Life*, vol. 3: *The Iron Ring*, Londres, Macmillan, 1995, p. 191 y ss.

58.- V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. 42, p. 404.

59.- V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. 36, pp. 441-442.

bajo diferentes formas que podrían desembocar en un conflicto político. Sin embargo, no consigue ver en dicho conflicto más que el pasado zarista que se extiende como una sombra amenazante tanto por el lastre de la «vieja» burocracia como por las carencias individuales de los dirigentes:

«Por ello, el internacionalismo de la nación dominante, llamada también «gran nación» (aunque sea grande solo por los abusos cometidos, grande solo como es grande *Deržimorda*), debe consistir no solo en afirmar la formal igualdad entre naciones, sino también una cierta desigualdad que compense por parte de la nación dominante, de la gran nación, la desigualdad que se crea en la realidad»^[60].

Por lo tanto, Lenin propone una especie de *affirmative action* en detrimento de las personas de etnia rusa, porque

«es necesaria no solo la igualdad formal. Hay que compensar, de alguna manera, con el propio comportamiento y con ciertas concesiones hacia las minorías, esa desconfianza, ese recelo, esos abusos que a lo largo de la historia ha provocado el gobierno de la nación «gran potencia»».

Y esto resulta todavía más necesario porque un exceso de prisa unificadora y centralizadora, «el mínimo error o injusticia respecto a nuestras propias minorías», minaría profundamente el atractivo que el experimento soviético supone, a través de la Tercera Internacional, para «esos cientos de millones de personas que conforman los pueblos de Asia y a los que les toca entrar en la escena de la historia en un futuro cercano, inmediatamente después de nosotros»^[61].

Frente a la clarividente y un poco remota

60.- *Deržimorda*: literalmente «aquel que sujeta el cabestro». Grosero y brutal gendarme de la comedia de Nikolái Gógol, *Il revisore* (1836), y, posteriormente, usado como apodo para referirse a la policía zarista.

61.- V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. 36, pp. 442-444.

futurología leninista, Stalin se caracteriza por un marcado interés, precisamente, por los problemas de *Nation Building* relacionados con el medio plazo. Él ve claramente que el proceso de dar forma institucional a las relaciones entre centro y periferia se complica por los múltiples nacionalismos locales, que no son en absoluto formas de resistencia defensiva —como defiende Lenin— ante la «gran nación» rusa y sus restos de opresión zarista, sino que, a su vez, se vuelven contra otras nacionalidades menores dentro de su contexto local: en Georgia contra armenios, osetios y abjasios, en Azerbaiyán contra la minoría armenia, en Uzbekistán contra turcomanos y kirguizos, etc. En el XII Congreso (en ausencia de un Lenin definitivamente fuera de combate por un tercer y terrible ictus sufrido en marzo), es Stalin quien ofrece un panorama de la situación bastante preocupante, en la que el chauvinismo «molecular» y la competencia económica favorecida por la NEP podrían unir sus fuerzas e impulsar a las élites políticas locales a una guerra de todos contra todos^[62].

Sin embargo, gracias al *pressing* preventivo de Trotski, el congreso consigue frenar el proyecto «autonomista» del *Gensek*, incluso sin la presencia de Lenin: la futura Unión (instituida formalmente el 30 de diciembre de 1922) ya no sería «rusa», sino una federación entre repúblicas con igualdad de derechos formales^[63]. En cuanto a la cuestión nacional, la resolución final resulta conciliadora y elusiva: de hecho, esta condena tanto «los restos de chauvinismo de la gran potencia» como «los restos de nacionalismo en toda una serie de pueblos»

62.- Cf. Iósiv Stalin, *Opere*, 10 vols., Roma, Ed. Rinascita, 1951-1956, vol. 5, pp. 298-301.

63.- Cf. Aleksander Reznik, *Trockij i tovarišči: Levaja opozicija i političeskaja kul'tura rkp(b) 1923-1924*, San Petersburgo, Evropejskij Un.-t v S.-P.-ge, 2017, pp. 23 y 274-275, nota 16.

y concluye que, ya que los restos de nacionalismo son una forma concreta de defensa contra el chauvinismo ruso, el medio más seguro para superar los restos nacionalistas es la lucha firme y decidida contra el chauvinismo ruso. Por el contrario, ya que tales restos de nacionalismo se transforman en chauvinismo local dirigido, en las diferentes repúblicas, contra grupos nacionales minoritarios, es un deber de todo miembro del partido luchar directamente contra ese chauvinismo local^[64].

Una resolución tan ambigua tenía que desatar, inevitablemente, una serie infinita de conflictos: repúblicas y territorios autónomos empiezan a aplicar arbitrariamente las directrices del XII Congreso según su conveniencia, tanto en relación con la lucha contra el «chauvinismo ruso» como en relación a la lucha contra el «nacionalismo local», y ningún dirigente del partido puede considerarse a salvo de las acusaciones de desviacionismo en alguna de las dos direcciones. En pocas palabras, las discusiones sobre temas étnicos dejan de ser de tipo teórico y se van extendiendo a aspectos más sensibles de la vida económica, política y cultural de las periferias. Mientras tanto, Stalin ha decidido que el torneo entre «chauvinistas rusos» y «nacionalistas locales» ya ha durado bastante y toma medidas para reconducir el tema a un rígido y sólido marco normativo: a principios de junio, el Comité Central convoca una conferencia sobre la cuestión nacional ante la presencia de cincuenta y ocho representantes de todas las entidades autónomas y de casi todos los miembros de los órganos directivos del partido^[65].

64.- *Dvenadcatyj s'ezd Rkp(b)*, pp. 693-695.

65.- Nadezhda Krúpskaya también asistió a algunas reuniones, por lo que Lenin fue informado sobre el desarrollo de la conferencia, de la cual fue uno de los pocos que también recibió el acta taquigráfica secreta. (Cf. B. F. Sultanbekov (ed.), *Tajny nacional'noj politiki CK*

Las actas de las siete reuniones de la conferencia (que se mantuvieron en el más estricto secreto hasta la caída de la URSS) constituyen un fascinante documento sobre la auténtica caja de Pandora que la revolución abrió en el hervidero de contradicciones étnicas del eximperio ruso y sobre el difícil camino hacia la construcción de una futura estructura institucional, cuyos contornos son, aun hoy en día, inciertos^[66]. En cuanto al fondo político en juego, Trotski intenta atraer a los delegados más abiertos a las demandas autonomistas, pero el ambiente y las circunstancias en las que se desarrolla la conferencia no le permiten defender a ultranza las prerrogativas de los pueblos minoritarios y la resolución final, meticulosamente redactada por Stalin, sigue la línea centralista: una inédita forma de «pseudofederación» que, a medio plazo, garantizará una relativa estabilidad del sistema y una desactivación temporal de los conflictos nacionalistas, hasta que el propio Stalin, a partir de finales de 1932, promoverá una gradual revisión y el restablecimiento de una sustancial preeminencia del elemento nacional ruso.

En realidad, tampoco podría haber sido diferente, muy a pesar de las enseñanzas de Lenin sobre la protección de las minorías: ni él ni ninguno de sus aliados o adversarios cuestionan el carácter unitario del partido en el poder, y esto es suficiente para anular cualquier arquitectura institucional de protección de las autonomías locales. Trotski también lo había reiterado en su artículo en *Pravda*: «Nuestro partido no es ciertamente una federación de grupos comunistas nacionales que se dividen el trabajo según la circunstancia nacional

Rkp: Stenografičeskij otčet sekret'nogo IV soveščanija CK Rkp 1923, Moscú, Insan, 1992, p. 8).

66.- Para consultar un informe sobre este tema, cf. Guido Carpi, *Lenin, il rivoluzionario assoluto (1870-1924)*, Roma, Carocci, 2023, pp. 150-156.

[...] tenemos un solo ejército, una sola diplomacia y, lo que es más importante, un partido único centralizado»^[67]. Provista de un único sistema nervioso, la Unión solo podría haber nacido bajo la forma de un organismo unitario.

Estado contra revolución

¿Y si Lenin no hubiese estado fuera de juego en marzo de 1923? De todas formas, parece improbable que el viejo *sensei* del *bushidō* revolucionario hubiera sido capaz de reformar o sustituir al bloque de poder que se acababa de constituir, ni siquiera aunque hubiese podido participar en la vida del partido y en la acción del gobierno: la organización vertical centralizada y jerarquizada del aparato burocrático no es un legado del viejo régimen ni una pasajera «enfermedad infantil» del sistema, ni mucho menos el mero resultado de complots orquestados por un puñado de sátrapas sedientos de poder, sino que es la cristalización institucional de los gigantescos e irreversibles procesos de recomposición social y política en curso.

Sin embargo, el propio Lenin, ya a principios de los años diez, advertía a los colegas marxistas del error de «olvidar la inmensa autonomía e independencia de la burocracia»^[68] y describía, con extrema lucidez, el ascenso del «bonapartismo» en Rusia, basado en la «inmensa autonomía e independencia» de una clase burocrática celosa de sus propios privilegios, fiel a sus propias leyes y capaz de imprimir en el organismo político el propio «rostro y orientación», en función de sus exclusivos intereses. Subestimar el «colosal aparato burocrático» es «un error realmente

monstruoso» —así lo explicaba Lenin a los delegados de la conferencia de Praga en 1912—, ya que «este aparato tiene intereses autónomos; cuando estos intereses lo requieren, la autocracia va contra sus mejores aliados, los nobles, contra la Cámara estrellada, etc.»^[69].

Sin embargo, ahora, debido a la atención primaria por las dinámicas de poder y a su incapacidad para elaborar una auténtica teoría de Estado, Lenin no se da cuenta de que seguir insistiendo en la idea de que la fuente primaria del poder soviético es una «dictadura del proletariado», desde hace ya tiempo carente de contenido real, es ilusorio y dogmático. Por el contrario, el verdadero poder reside, precisamente, en la pirámide burocrática —que él considera una mera reliquia zarista— que se va convirtiendo en el flexible y omnipresente principio de autoridad alrededor del cual, como si fuera un esqueleto, va brotando la articulación institucional del nuevo Estado.

Por eso las desautorizaciones públicas y las reprimendas privadas de Lenin poco pueden hacer contra el *Gensek*. Tampoco Trotski podrá hacer nada para corregir la línea general en la dirección auspiciada por el aliado eliminado del juego. Por otra parte, si bien la voluntad subjetiva del *Narkomven* y de sus partidarios de restaurar la ultrajada democracia de partido está fuera de toda duda, también es verdad que su oposición, tan feroz como impotente, a la línea mayoritaria representa objetivamente la resistencia de sectores del funcionariado de rango medio-alto respecto a un proceso centralizador que pretende limitar considerablemente su autonomía transformándolos en *nomenklatura*, es decir, en meros peones de una única vertical administrativa. Por lo tanto, se trata de una batalla

67.— Lev Trotski, *Sočinenija*, vol. XXI: *Kul'tura perechodnogo perioda*, Moscú-Leningrado, Gosizdat, 1927, p. 325.

68.— V. I. Lenin, *Opere complete*, vol. 17, p. 365.

69.— K. M. Anderson et al. (ed.), *Konferencii Rsdrp 1912 goda. Dokumenty i materialy*, Moscú, Rosspen, 2008, p. 445.

de retaguardia, condenada al fracaso desde el principio.

A lo largo de 1923, el aparato de Stalin —aliado en el Comité Central con Zinoviev y Kamenev en la llamada troika— continúa ampliando y ramificando su control en un frenético torbellino de nombramientos a puestos dirigentes locales, según el principio: «nombrad a quien queráis, donde queráis»^[70]. En la lucha sin cuartel entre mayoría y oposición trotskista, se usa sistemáticamente el nombre de Lenin con intención polémica y denigratoria: por una parte, la cúpula del partido-Estado mantiene artificialmente viva entre las bases la esperanza de una no lejana recuperación de Ilích y se autolegitiman como fieles ejecutores de su voluntad durante un deplorable pero limitado período de forzada ausencia del jefe; por otra parte, se trata el legado de Lenin como si fuera una reliquia de museo, mientras él está todavía en vida (el decreto sobre la fundación del Instituto Lenin es del 31 de marzo de 1923) y su nombre es progresivamente despojado de toda referencia concreta y transformado en un conjuro sacramental que se inserta muchas veces en diferentes construcciones ideológicas y/o polémicas elaboradas *ad hoc*, de forma que es imposible someter la figura de Lenin a cualquier análisis o crítica^[71].

De hecho, no es casualidad que esto se produzca en paralelo a la progresiva inversión de la relación entre momento analítico y elaboración práctica: la cúpula recibe cada vez menos estímulos y pautas de la base mientras que, por el contrario, es la cúpula la que moldea cada vez el imaginario y las aspiraciones de la base, por lo que «el análisis de clase dejó de determinar la línea política y pasó a ser la línea política la

que empezó a determinar qué tipo de análisis de clase era el más adecuado según la situación concreta»^[72]. En otras palabras, la cúpula dirigente del partido-Estado se está consolidando y cerrando en una pirámide tan disciplinada como autorreferencial:

«Cuanto más se cierra en sí mismo —notará ya Trotski en su última, desesperada acusación formulada en *Il nuovo corso*— más se deja influenciar por el espíritu de un mismo valor que es fin en sí mismo, cuanto más tarda el aparato en reaccionar ante las peticiones que vienen de la base, más se acentúa la tendencia a contraponer una tradición formal a las nuevas peticiones y a las nuevas tareas»^[73].

En su intervención en la reunión plenaria del Politburó del 14-15 de enero de 1924 para preparar la XIII Conferencia del partido que debería acabar definitivamente con Trotski, Bujarin acusa a los opositores de

«mencheviques porque no ven que, detrás del peligro burocrático, se esconde el peligro de la democracia política [...] Ellos no ven que, para apoyar la dictadura del proletariado, es indispensable apoyar la dictadura del partido, que es inconcebible sin la vieja guardia que, a su vez, es inconcebible sin el papel dirigente del Comité central como instituto de poder»^[74].

No se expresa la conclusión lógica del párrafo anterior —del que se desprende un terror obsesivo con el «peligro de la democracia»—, pero resulta completamente evidente: la piedra angular de una pirámide

70.- V. P. Vilkovala, *Rkp(b)*, p. 17.

71.- Cf. Benno Enker, *Formirovanie kul'ta Lenina v Sovetskom Sojuze*, Moscú, Rosspen, 2011, pp. 75-84.

72.- Edward Hallett Carr, *Il socialismo in un solo paese*, vol. 1: *La politica interna, 1924-1926*, Turín, Einaudi, 1970, p. 112.

73.- Lev Trotski, *Novyj kurs*, Moscú, Krasnaja Nov', 1924, p. 46.

74.- P. Vilkovala, *Rkp(b)*, p. 400.

de poder concebida de tal forma solo puede ser la dictadura del secretario general.

Es fácil tener la sensación de que, a lo largo de la larga y dolorosa salida de escena de Lenin, los dos adversarios que aspiran a sucederlo van encarnando gradualmente los dos rasgos dominantes de la naturaleza política de Lenin: el arrojo del tribuno revolucionario y el pragmatismo del manipulador experto, ahora ya no fusionados en una sola liga de pensamiento y acción, sino polarizados, exasperados y enfrentados el uno al otro.

Inútilmente, Trotski cantará, cuando la partida ya esté decidida, el canto del cisne de un leninismo posible y diferente, como quinta esencia del pensamiento y de la acción revolucionarios.

«En primer lugar, el leninismo es inconcebible sin capacidad de inclusión teórica, sin análisis crítico de los fundamentos materiales del proceso político. El arma de la investigación marxista debe ser afilada y puesta a prueba una y otra vez. Es exactamente en esto en lo que consiste la tradición, no en la sustitución del análisis por un formulario formal o por una citación casual [...] No se puede seccionar a Lenin a tijeretazos y reducirlo a citas útiles para todas las circunstancias de la vida, porque en Lenin la fórmula no está por encima de la realidad, sino que es siempre un arma, un instrumento para dominar la realidad y para superarla.

En Lenin podrían encontrarse, sin ninguna dificultad, decenas y centenares de citas que, desde un punto de vista formal, parecen contradecirse las unas a las otras. Pero la esencia no reside en las relaciones formales de una cita respecto a otra, sino en la relación real de cada una de ellas con la realidad concreta en la que dicha fórmula había sido clavada como una palanca. ¡La

realidad leninista es siempre concreta!»^[75]

Para Trotski, el verdadero leninismo significa «instinto revolucionario» contrapuesto a «olfato demagógico»; es «realismo, capacidad superior de valoración cualitativa y cuantitativa de la realidad desde el punto de vista de la acción revolucionaria», y, como tal, es incompatible con «un darse por vencidos ante la realidad, tal y como pretende la propaganda más torpe, una pasiva pérdida de tiempo, una justificación soberbia de los errores de ayer con la excusa de salvar la tradición del partido». Para Trotski, el verdadero leninismo se basa en un carácter «verdaderamente libre de prejuicios formales, del doctrinarismo moralizador y, en general, de toda forma de conservadurismo espiritual que pretende limitar la voluntad de la acción revolucionaria». El leninismo es enemigo de cualquier «arrogancia del aparato y de cualquier cinismo burocrático». Por eso —resume Trotski— «querer transformar las tradiciones del leninismo en una garantía superteórica del carácter irrefutable e inmutable de todos los pensamientos de los intérpretes de la tradición, significa burlarse de la verdadera tradición revolucionaria, transformándola en fiscalismo burocrático»^[76].

Si Trotski ve la fuerza del leninismo en la capacidad del perpetuo replanteamiento y reposicionamiento táctico a pesar de la fidelidad absoluta a los principios estratégicos, Stalin subraya el carácter monolítico y supratemporal de la doctrina. De hecho, el leninismo no es para Stalin «una teoría ecléctica, compuesta por diferentes elementos unidos entre sí, que puede ser dividida»^[77]. Del mismo modo, él rechaza con determinación la imagen que Trotski

75.- L. Trotski, *Novyj kurs*, pp. 46-47.

76.- *Ibid.*, pp. 47-48.

77.- *Ibid.*, pp. 47-48.



Delegados al segundo congreso del Comintern frente al Palacio Uritsky de Petrogrado. Entre ellos se puede distinguir a: Lev Káraján (segundo por la izquierda), Karl Radek (tercero, fumando), Nikolái Bujarin (quinto), Mijáil Lashevich (séptimo, de uniforme), Máximo Gorki (novenno, rapado), Lenin (décimo, con las manos en los bolsillos), Serguéi Zorin (decimoprimer, con sombrero), Grigori Zinoviev (decimotercero, con las manos a la espalda), Charles Shipman (Jesús Ramírez), M.N. Roy, Maria Ilyinichna Ulyanova (decimonovena, con blusa blanca), Nicola Bombacci (con barba) y Abram Belenky (con sombrero claro). (Fuente: Wikimedia Commons).

da de Lenin como una persona capaz de traducir inmediatamente el análisis en acción gracias a un instinto fluido y antidogmático: de los «cuentos árabes» de Trotski «lo que emerge no es Lenin, sino una especie de mandarín chino, que decide, por inspiración, las cuestiones más importantes en su despacho», mientras, por el contrario, «el partido conoce a Lenin como un militante ejemplar, al que no le gusta resolver los problemas en solitario, sin un colegio de dirigentes, de repente, sin preocuparse ni

de sondeos ni de controles»^[78]. Por lo tanto, el leninismo de Stalin no es fluidez revolucionaria sino regularidad consuetudinaria.

El primer tratado del pensamiento de Stalin, *Los fundamentos del leninismo*, es un ciclo de conferencias celebradas en 1924, e incluso, en el género elegido, se muestra la predilección del autor por formas oratorias derivadas de la homilía litúrgica. La obra es una exposición concisa y puntual, escrita con un ritmo apodíctico típico del

78.- I. Stalin, *Opere*, vol. 6, pp. 420-421.

catequismo —lo que constituye el elemento estilístico característico de Stalin— y es notable sobre todo por el énfasis puesto en el papel central del partido en la organización de la clase de referencia, en la definición de las tareas políticas y su realización. Rica en metáforas guerreras («cuartel general», «batallón de asalto»), esta mística del partido da voz a la mentalidad y a las exigencias de los cuadros medios-bajos del mismo, en su mayoría jóvenes e incultos, formados en el fuego de la guerra civil y de las requisiciones forzadas y, por tanto, acostumbrados a considerar la política y la administración solo como base organizativa de una pirámide de mando. Por origen, estilo y propósitos, Stalin sabrá atraer hacia sí la identidad y las aspiraciones de esta área de consenso —el verdadero grupo clave del nuevo Estado soviético— mucho mejor que sus adversarios, aunque sean más cultos y refinados que él.

Pero el salto estratégico decisivo respecto a Lenin, aquella mutación genética que dará lugar al estalinismo maduro, reside en un cierto aspecto que calla, en un «no dicho», en relación con la teoría leninista de Estado. En la sección *La dictadura del proletariado*, Stalin expone diligentemente las teorías formuladas al respecto por Lenin: el Estado como forma organizada de violencia de clase, la necesidad de destruir el Estado burgués y de sustituirlo por la dictadura del proletariado de acuerdo con modelos aprendidos de las Comunas y concretizadas en el poder soviético... Está todo, excepto un elemento esencial en Lenin: el carácter «con un límite temporal» del Estado proletario, la teoría del agotamiento progresivo del Estado.

Siete años de convulsiones internas y de acorralamiento externo (en los *Fundamentos* estalinistas se respira continuamente el peligro de una nueva guerra imperialista) sugieren al pragmático *Gensek* arrinconar

con discreción los sueños leninistas sobre el futuro anarquista y reemplazarlos con la apoteosis del Estado autoritario: «la dictadura del proletariado es un poder revolucionario que se apoya en la violencia contra la burguesía», punto. La única diferencia del Estado soviético respecto al Estado burgués reside en la relación numérica entre opresores y oprimidos: si hasta ahora el Estado garantizaba el dominio de una minoría sobre la mayoría, «la dictadura del proletariado es la dictadura de una mayoría explotada sobre una minoría explotadora»^[79]. No solo ya no se habla de extinguir el Estado, sino que, por el contrario, se ponen las bases para reforzarlo.

Epílogo: el principio conectivo

En el último Lenin, su visión de un futuro a largo plazo, inspirado en una vida de lucha y proyectado décadas antes, entra, por tanto, en cortocircuito ante los problemas concretos de la construcción de un Estado que lleve a término la era iniciada con Octubre, que institucionalice sus conquistas al precio de su limitación sustancial, que legitime el sistema soviético y que lo haga capaz de sobrevivir en un contexto internacional completamente cambiado. El leninismo se perfila como un complejo de técnicas de movilización y organización de segmentos sociales capaces de destruir desde dentro las instituciones del capitalismo de principios del siglo XX en nombre de una utopía de liberación integral de las personas, pero no da respuesta a los problemas que se debe plantear la clase dirigente nacida después de Octubre: una clase dirigente cuya composición, entre otras cosas, ha cambiado radicalmente respecto a los militares prerrevolucionarios.

Como ya hemos señalado, la gran mayo-

79.- *Ibid.* p. 143.

ría de los nuevos cuadros administrativos viene, de hecho, del Ejército Rojo desmovilizado: centenares de miles de hombres jóvenes y muy jóvenes, en su gran mayoría, de origen humilde que han aprendido a leer y a escribir entre batalla y batalla y que, una vez acabada la guerra, formarán el núcleo ejecutivo en los soviets, en el partido y en todas las empresas del Estado. Como era de esperar, dichos cuadros se caracterizan por una cultura bastante limitada y maniquea, una fe absoluta en el partido, una mentalidad jerárquica y un *ethos* austero caracterizado por «fuertes implicaciones militarescas»^[80]. Es decir, conciben el conjunto de las relaciones humanas en clave de sacrificio y/o enfrentamiento: amigo/enemigo, sabotaje, asalto, conquista, victoria, etc. Capaz de arrebatos voluntaristas extraordinarios, esta clase dirigente lleva en sí misma los requisitos para la incipiente evolución autoritaria del sistema, especialmente cuando todo el marco institucional del país se está formando alrededor de un partido cada vez más centralizado y vertical: «al mismo tiempo, las palancas centrales del poder se concentraban en unos pocos y reducidos órganos de gestión, en los que una personalidad dominante desempeñaba un papel de coordinación y arbitraje»^[81].

El último Lenin descifra cada vez con más dificultad los gigantescos procesos de recomposición social y política en curso: él entiende, por supuesto, el alcance de las contradicciones que han surgido en el país, pero tiende a reducir su complejidad y a reconducirlas al peso de la herencia zarista, a la resistencia pasiva de las viejas clases dirigentes y a tensiones en la cúpula dirigente, que él interpreta como un conflicto subjetivo entre caracteres y ambiciones

personales, y no como el reflejo de dinámicas objetivas. Al final de una larga serie de obras maestras tácticas coronadas en 1921 con la aprobación de la NEP, Lenin agotó gran parte de sus vacilantes energías en una tarea imposible: hacer más cohesivo al grupo dirigente y al mismo tiempo atenuar su carácter elitista y autoritario. De ahí, el carácter ambiguo, reticente y personalista de sus últimos escritos: el único dato claro que se deduce es la rápida evolución en sentido negativo de su opinión sobre Stalin y sobre los peligros inherentes a su concentración de poder.

En realidad, solo se puede entender bien el papel objetivo de Stalin en los procesos históricos de la primera mitad del siglo XX si tenemos en cuenta dos aspectos complementarios de su comportamiento: 1) su capacidad para leer la psicología profunda y las aspiraciones de masas desarticuladas y embrutecidas por la experiencia bélica y de la guerra civil, su capacidad para dotar a esta psicología de un nuevo código identitario y —sin vacilar ante las prácticas más atroces— de orientar sus aspiraciones en una dirección radicalmente modernizadora; 2) el esfuerzo de dar forma, en el agujero negro sociopolítico en el que se había convertido la Rusia del 1917-1919, a una especie de «material primordial» de estadidad: de hecho, en dicho período y en el bienio siguiente, él forma parte del gobierno, es comisario de nacionalidades, se ocupa de las primeras relaciones «federales» entre la Rusia y la Ucrania soviéticas, está entre los dirigentes de la policía política y es miembro de la comisión para el programa del partido y de la comisión para la redacción de la Constitución. Estos *disiecta membra* del futuro Estado soviético (gobierno, nacionalidad, estructura federal, represión política, ideología de partido y armazón constitucional) se unirán en abril de 1922 con el nombramiento de Stalin como secre-

80.— Moshe Lewin, *The Making of the Soviet System*, Nueva York, Pantheon Books, 1985, p. 29.

81.— Francesco Benvenuti, *Storia della Russia contemporanea, 1853-1996*, Bari, 1999, pp. 198-199.

tario general del partido: aquel al que los viejos dirigentes bolcheviques veían solo como un mediador entre los diferentes *lobbies*, una vez llegado a la cúpula de poder se está convirtiendo en el corazón del embrión del nuevo Estado y nadie —ni Lenin ni su heredero fallido Lev Trotski— puede hacer nada para impedirlo.

Esta es una de las muchas paradojas de la vida de Lenin: precisamente mientras su vida se acercaba a su fin, su legado teórico se convertía en doctrina de Estado, fundamento jurídico para las instituciones y nueva narración colectiva para toda la nación. Sin embargo, en realidad, tal y como se había ido estructurando ese legado teórico en el período de tiempo que va, aproximadamente, desde *¿Qué hacer?* a *El Estado y la revolución*, para quien gobernaba el destino de la Rusia soviética el leninismo ya no era útil.

Sin embargo, una vez concluida la experiencia política que tiene su origen en Octubre, hoy en día el leninismo nos puede ser útil a nosotros: «La idea es que no es suficiente volver simplemente a Lenin como se vuelve a mirar un cuadro o a visitar una lápida» —escribían hace ya bastante tiempo los editores de una cierta colección— «porque debemos repetirlo o recargarlo [*repeat or reload*]»: es decir, debemos recuperar el mismo impulso en la constelación actual. Y no se trata solamente de un genérico «impulso», sino también y, sobre todo de un específico principio conector del leninismo: un método, un instrumento y un objetivo. El mundo en el que vivimos es diferente, nosotros somos diferentes. Pero a través del inventario de un *qué* que está en un museo ya desde hace tiempo, se entrevé un *cómo* imperecedero, capaz de orientar las luchas del mañana.